

**Escuela Primaria para Adultos N° 701 “Florentino Ameghino”
ex Escuela N° 39 de General Sarmiento**

El 6 de agosto de 1911 fallecía en la ciudad de La Plata, el naturalista paleontólogo y antropólogo Florentino Ameghino, quién había nacido en la ciudad de Luján, provincia de Buenos Aires, el 18 de septiembre de 1854, en cuyo homenaje se impuso su nombre a la Escuela N° 39 de General Sarmiento, actual Escuela Primaria para Adultos N° 701, ubicada en las calles Compostela y Gironde del barrio Villa Iglesias.



La Universidad Nacional de La Plata, el 10 de mayo de 2018, partiendo de la pregunta: *¿Cómo un hombre sin formación académica logra transformarse en un referente de la ciencia? ¿Cómo un autodidacta llega a ser considerado una eminencia?*, publicó una biografía de Florentino Ameghino, que transcribimos¹:

La obra de Florentino Ameghino, impactante en sí misma, adquiere dimensiones espectaculares si se tiene presente tal condición: alguien que se valió de su deseo para ingresar en la historia como uno de los más grandes naturalistas, a quien una irrefrenable pasión por su tarea lo acompañó toda su vida.

Hijo de inmigrantes italianos, el dato más aceptado es que nació el 18 de septiembre de 1854 en Luján, provincia de Buenos Aires. La curiosidad -ese gran motor de la ciencia- ya lo había visitado cuando el pequeño Florentino recorría las barrancas del río Luján, muchas veces junto a su padre, para observar y preguntarse por los restos fósiles que encontraba. Tal vez, ese niño ya tuviera conciencia clara de su deseo y su destino. Esa curiosidad fue la

1

https://unlp.edu.ar/institucional/unlp/historia/legados_personas/vidas_y_retratos_florentino_ameghino-7176-12176/

que continuó acompañándolo y ese juego infantil el disparador de una notable trayectoria como paleontólogo, cuyos aportes perduran hasta hoy.

Ameghino fue, sin dudas, un hombre de su tiempo, ligado al contexto de fines del siglo XIX e impregnado del positivismo argentino de la Generación del '80. Tras su muerte, se produjeron grandes discusiones en torno a su legado, muchas de ellas signadas por la pretendida utilización de su figura como estandarte de distintos grupos sociales y políticos.

Tal vez, una de las situaciones en la que se evidencia con nitidez la fortaleza de Ameghino, respecto de su destino como naturalista, se dio en los primeros años de su juventud. A los 17 años se presentó ante Germán Burmeister, entonces director del Museo de Buenos Aires y autoridad máxima de las ciencias en el país, para ofrecer sus primeros descubrimientos. A Burmeister esas investigaciones no le interesaron. Es de prever que, a esa edad y desautorizado por alguien indiscutible en el área, cualquier joven hubiese emprendido el regreso cabizbajo, pensando en un pronto adiós a sus ilusiones. Sin embargo, para Florentino -que encontró varias resistencias similares antes de lograr reconocimiento- la experiencia le sirvió para redoblar esfuerzos y perseverar. Más tarde, se refirió a ese desencuentro: *“Pero para algo sirve la desgracia... la incredulidad e indiferencia que encontré hirieron mi amor propio, me obligaron a estudiar y a buscar medios de acumular nuevos materiales”*.

A los 24 años, ya director de escuela en Mercedes, viajó a París para visitar la Exposición Universal de 1878. Allí se puso en contacto con las últimas novedades científicas de la época. Además, vendió parte de sus colecciones de fósiles y con lo recaudado publicó su obra *“La antigüedad del hombre del Plata”*. El viaje fue deslumbrante tanto para sus conocimientos como también para el amor, pues se casó con la mujer que lo acompañaría a lo largo de toda su vida: la francesa Leontine Poirier.



Florentino Ameghino, “La Antigüedad del hombre del Plata”

Tras la experiencia europea, se instaló por un tiempo en Buenos Aires, donde abrió una librería llamada *El Glyptodon*, sobre la calle Rivadavia, que le sirvió para financiar los viajes exploratorios que realizaba su hermano Carlos por la Pampa y la Patagonia, donde hacían observaciones y recolectaban fósiles. Vale subrayar, como Florentino lo hizo en vida, que el trabajo de su hermano fue fundamental para su carrera.

En 1886, ya reconocido como naturalista, Ameghino fue nombrado subdirector del Museo de La Plata por Francisco Pascasio Moreno. Allí, fundó el Departamento de Paleontología y, por recomendación suya, su hermano Carlos fue designado como naturalista viajero. Se mudó, pues, a La Plata, ciudad que eligió para vivir el resto de sus días, aun cuando su trabajo en el museo había culminado a causa de sus diferencias con Moreno, en 1888.

En esos días, abrió la librería *Rivadavia*, ubicada en la esquina de 11 y 60 de nuestra ciudad (La Plata), y se trasladaba en tren hasta Buenos Aires, donde ejercía su cargo de director en el Museo Nacional de Buenos Aires.

Ameghino murió el 6 de agosto de 1911, dos años después de haber enviudado, aquejado por una diabetes que no quiso tratarse más allá de los insistentes consejos de sus amigos. Paradoja: el hombre de la ciencia desoyó a la medicina. Sus restos descansan en el Cementerio platense, en el Panteón de los Humanistas.



Complementamos la biografía de Florentino Ameghino con la publicada por la Academia Nacional de Ciencias donde destaca que fue incorporado a la Academia en la disciplina de “*Paleontología*” como especialista “*paleontólogo y antropólogo*”²:

Nacido en Luján el 18 de septiembre de 1854 (aunque otras fuentes dan como lugar de nacimiento Oneglia, prov. de Génova, septiembre de 1853); murió en la ciudad de La Plata el 6 de agosto de 1911.

Concurrió a la escuela del pueblo natal, donde tuvo por maestro a Carlos d’Aste, a quien sorprendió la precocidad del alumno y su curiosidad por saber y comprender. En Luján había vivido muchos años Francisco Javier Muñiz, cuyos descubrimientos paleontológicos

²<https://www.anc-argentina.org.ar/institucional/academicos/todos-nuestros-académicos/florentino-ameghino>

conservaban una tradición local y quizás por eso comenzó a observar los fósiles de las barrancas, para los cuales no hallaba explicaciones en sus maestros. Gracias al interés del maestro Carlos d'Aste, fue a Buenos Aires, aprendió francés, con lo que pudo leer las obras de Lyell y Burmeister, e ingresar en la Escuela Normal de Preceptores, donde obtuvo el título de maestro elemental.

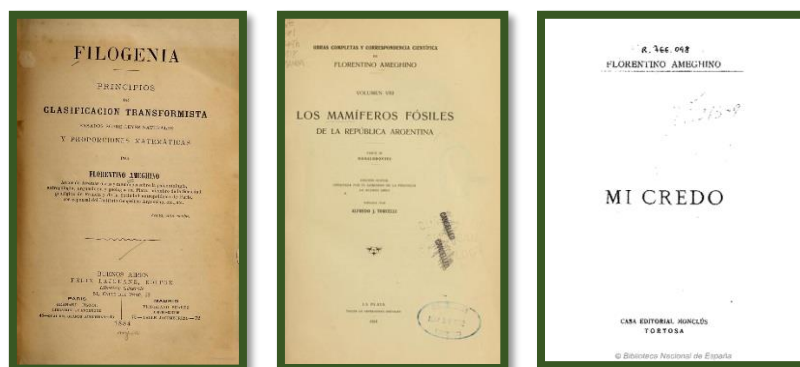
En 1869 fue nombrado Subprefecto en Mercedes, región próxima a Luján, y eso le permitió continuar sus trabajos de autodidacta en ciencias naturales. Se había preparado para ello con sus lecturas y sus visitas al Museo de Historia Natural que dirigía Burmeister. Sus primeros trabajos le valieron burlas y cierto desdén de Burmeister, pero ningún contratiempo le hizo renunciar a su pasión. En 1871 comenzó a escribir una obra que terminó en 1875 y publicó en 1880, *La antigüedad del hombre en el Plata*.

Ingresó por entonces en la Sociedad Científica Argentina, que se había creado a iniciativa de Zeballos; envió muchas comunicaciones a esa Sociedad; publicó un trabajo sobre los restos del hombre y de su industria, y sobre osamentas de animales cuaternarios cerca de Mercedes en el *Journal de Zoologie* (1875) de Gervais. La Sociedad Científica Argentina premió su memoria sobre *El hombre Cuaternario en la pampa* (1876); comenzaron a llegarle estímulos de hombres como Zeballos, Lista, Moreno, Fontana, Holmberg. Se decidió entonces a emprender un viaje a Europa, llevando sus colecciones y varios manuscritos para hacer frente a los gastos de viaje.

Expuso sus hallazgos en la Exposición de París; trabó relaciones y amistades con los naturalistas europeos más famosos; escribió varios trabajos que llamaron la atención en revistas especializadas de Estados Unidos y de Francia; presentó varias memorias al Congreso de antropólogos de París (1878) y al de americanistas de Bruselas (1879). Redactó en colaboración con Gervais *Los mamíferos fósiles en la América meridional* (1880) y logró dar a luz sus primeras dos obras de conjunto: *La formación pampeana* (370 págs.) y *La antigüedad del hombre en el Plata* (dos tomos de 600 páginas con 25 láminas grandes y 700 ilustraciones menores) (1880-1881).

Volvió al país en 1881 mundialmente consagrado como un antropólogo y geólogo de méritos excepcionales. Al fallecimiento de Carlos Berg fue nombrado director del Museo de Historia Natural (1902). Dictó cátedras de su especialidad en las universidades de Córdoba (1884), de Buenos Aires y de La Plata.

Su hermano Carlos le secundó en sus exploraciones y recogió muchos materiales geológicos y paleontológicos. Las censuras de sus adversarios no le desanimaron nunca, y las dificultades económicas para proseguir sus trabajos tampoco le hicieron interrumpir las tareas a que había consagrado la vida. Para ayudarse, el maestro de escuela de Mercedes se hizo librero en Buenos Aires. Escribió obras como *Filogenia* (1884), una síntesis cosmogónica como *Mi credo* (1906), *El origen del hombre* (1907), *El origen poligénico del lenguaje*, obra póstuma, incompleta. Después de su muerte se hizo una edición oficial de sus escritos y de su correspondencia científica, en veinte volúmenes, bajo la dirección de Alfredo J. Torcelli (La Plata, 1913).

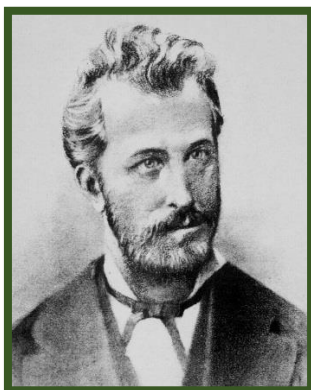


Obras de Florentino Ameghino

Juan B. Ambrosetti escribió estas palabras: *«Ameghino no fue solo un sabio de gabinete. Desde su iniciación fue un verdadero explorador, y este contacto del hombre con la naturaleza, desarrolló en él ese profundo espíritu de observación y esa facilidad de lógica asociación de ideas que le permitieron desarrollar sus vastas concepciones. Nuestras pampas primero, los yacimientos prehistóricos de Chelles en Francia, después, sus viajes a Monte Hermoso y Patagonia, Mar del Plata, Necochea, etc., le proporcionaron tal caudal de datos y tal maestría en la ciencia de ver y darse cuenta rápida de las cosas, que no necesitaba, ya en los últimos años, mucho tiempo para poder formarse una idea de conjunto y relacionar los hechos con precisión admirable. Su vasta ilustración, poco común, le fue de gran valor para la elaboración de sus ideas, en las que siempre se reveló dotado de una ecuanimidad y amplitud tales que lo segregan del núcleo de los especialistas estrechos, como alguna vez se le llegó a considerar. La obra de Ameghino no ha sido la de un especialista; es obra de filósofo, y empezando por su Filogenia y terminando por sus estudios sobre las formaciones sedimentarias y el hombre fósil, el sabio nos presenta ya leyes de la evolución, ya comprobaciones de esas leyes en diversas series de animales, o en el hombre mismo, o, por fin, el cuadro grandioso de la evolución, dispersión y emigración de las faunas extinguidas a través de remotísimas edades y de continentes ya totalmente o en parte desaparecidos»...*

Su doctrina, por la que luchó con tenacidad toda la vida y en favor de la cual reunió y estudió materiales ingentes, afirma que el hombre tiene un origen americano, y que el territorio argentino o alguno muy próximo a él ha sido la cuna de la especie humana, y que de ella arrancaron las migraciones que poblaron los demás continentes. Sus estudios paleontológicos, geológicos y estratigráficos tienden a probar esa tesis. Ulteriores investigaciones han demostrado que las capas geológicas consideradas por Ameghino como muy antiguas, eran relativamente más jóvenes, y que el grado de parentesco entre la fauna sudamericana y la de otros continentes no existe. Pero no obstante ello, el alto significado del esfuerzo hecho no disminuye.

Era un evolucionista apasionado, doctrina no aceptada entonces por todos los naturalistas y a esa actitud se debe la posición poco amistosa de Burmeister; también fue causa del rechazo de un trabajo suyo en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, después de dictaminar al respecto Francisco P. Moreno y Carlos Berg.



Florentino Ameghino por un artista Mercedino³

Milcíades A. Vignati, en un homenaje de la Academia Nacional de la Historia (19 de sept. 1943) dijo de Ameghino: *«Hay que Saber ponderar lo que significa su labor descriptiva. Faunas enteramente desconocidas son dadas a conocer. El subsuelo patagónico y de Paraná vuelcan sus tesoros y los seres extinguidos en el Cretáceo y todo el terciario adquieren personalidad. Son miles de especies, centenares de géneros y de familias que deben a Ameghino su incorporación a la ciencia. Son docenas de monografías dedicadas a este solo efecto, sin desperdicios polémicos ni digresiones teóricas. Entre ellas se destaca «Los mamíferos fósiles de la República Argentina», obra única en su género, monumento máximo de la labor del sabio. Más de mil páginas y un atlas con un centenar de láminas, todo a gran formato, resumen el resultado de sus investigaciones hasta la fecha de su aparición. El nombre de Ameghino está hecho y nadie discute ya su gran capacidad de trabajo, su saber inmenso, su abnegación sin límites. Ha tomado de los grandes maestros contemporáneos la forma de la diagnosis y describe a la manera de Cope y Owen, de Flower y Lydekker, de Gervais y de Zittel, los más destacados paleontólogos de entonces. No se adelanta a su época y, por ello, su obra taxonómica contiene los mismos errores propios de la escuela paleontológica de entonces, así el considerar las variaciones de tamaño como representación de especies distintas, cuando sólo son consecuencia de la diferenciación sexual o, por otra parte, no hacer intervenir el polígono de variación de formas en sus clasificaciones específicas. No olvidemos que Ameghino es un símbolo. Su gloria no disminuye por las partes caducas de su obra, está por encima de todas las reservas de la crítica y de los embates de las pasiones. No fue un sabio del saber enciclopédico como Burmeister, desbordante de cultura clásica e invulnerablemente acorazado en su ortodoxia científica y religiosa; ni un naturalista literato como Holmberg, chispeante de ingenio y fino aticismo, que no tenía a menos versificar y que aun en prosa hacía poesía; ni un biólogo de la talla de Gallardo, de sólido saber universitario que le permitía afrontar con igual preparación el estudio de la división celular como las leyes de la herencia, la taxonomía de las hormigas como la anatomía de un cetáceo; ni fue un arriesgado explorador como Moreno, en el que la intrepidez de la idea sólo era superada con la tenacidad en la realización; ni un exhumador de pueblos desaparecidos como Ambrosetti, en quien la perspicacia ingénita relegó al entendimiento adquirido, todos ellos sus émulos y contemporáneos ilustres, pero fue tan grande como ellos porque siempre supo aunar en el rasgo descriptivo la chispa luminosa de una idea y porque la osadía de sus tesis fueron fruto natural de su labor ciclópea».*

³ Fotografía publicada en <https://www.elnuevocronista.com/el-fin-de-una-controversia-secular/>

Ameghino habría nacido, según documentos, en Oneglia, Italia. Al respecto se ha discutido ampliamente, llegando en general a la conclusión de que el lugar de nacimiento es secundario, pues su vida y su obra pertenecen a la Argentina.



Florentino Ameghino⁴

⁴ Fotografía publicada en <https://noticiasdepaleontologia.blogspot.com/2020/11/el-hombre-fosil-de-miramar-la.html>